



La educación de los hijos en la familia rural

Ing. Agr. Fernando Ravaglia
Capacitación y Gerenciamiento
para el Agro

Algunas ideas para reflexionar

Todos los que somos padres queremos lo mejor para nuestros hijos, pero...

¿Qué es lo mejor, es lo que nosotros somos y hacemos, o será algo diferente? ¿Será eso lo que nuestros hijos quieren?

Queremos que sean buenas personas, sanas de cuerpo, mente y espíritu, capaces de hacer cosas buenas que mejoren nuestra sociedad.

Conocemos muchos ejercicios para fortalecer y cultivar el cuerpo, hacemos flexiones de brazos, trotamos, hacemos deportes, pero... ¿cómo nos ejercitamos para tener una mente sana, un espíritu fuerte y saludable?

¿Qué es ser “Buena Persona”? Es mucho más fácil definir qué es un buen novillo, un buen cultivo de soja o un buen tractor, pero ¿cómo definimos a una buena persona?

Sabemos mucho de criar hacienda, elegimos buenos toros, manejamos el pasto y conocemos las diferentes especies forrajeras, sin embargo, **¿cómo se educa una persona para que sea “buena”?**

¿Leemos, discutimos, analizamos las situaciones cotidianas con nuestros hijos, esposas, padres y hermanos para tratar de entender mejor las cosas que nos pasan y que pasan en nuestro mundo? No se trata de pasarnos la vida filosofando, eso sería imposible y seguramente aburrido, pero balancear el tiempo de trabajo con el tiempo de descanso y diversión y un poquito del tiempo restante dedicarlo a reflexionar y aprender, sería un balance razonable.

Queremos que nuestros hijos sean felices, pero...

¿Qué es “ser feliz”?

¿Es nada más que “tener” cosas, bienes materiales?

¿Es también “ser”. Ser buenos hijos, buenos ciudadanos, buenos padres?

¿Es “trascender”. Dejar alguna obra que quede como testimonio de que nuestra vida no pasó en vano?

Esto nos lleva a pensar en otro punto, **¿Qué queremos hacer con nuestras vidas?** ¿Dejar pasar el tiempo sin pena ni gloria o construir algo, mejorar como personas, hacer un poco mejor el mundo que nos rodea por medio de nuestras obras o de las que lleven a cabo nuestros hijos?

Es lamentable ver como mucha gente simplemente deja “pa-

sar el tiempo”. En este sentido la televisión es una gran “aspiradora de tiempo”. A veces encontramos ahí cosas muy interesantes y constructivas, pero la gran mayoría de las veces simplemente dejamos que nuestro tiempo se esfume viendo programas intrascendentes o, peor, viendo gente mediocre que hace cosas incluso destructivas para el espíritu, programas que destilan odio, estupidez, mentira, miseria humana y que nos cargan la mente y el alma de angustia y de malos sentimientos.

La gente que se dedica a los chismes y las habladurías también nos está demostrando que le falta un objetivo, algo bueno o positivo que hacer con ese tiempo que les está sobrando y que no saben emplear de otra manera más productiva.

Sería bueno preguntarse al final de cada día, antes de irse a dormir:

¿Qué construí, que hice de bueno hoy en esta pequeña porción de mundo que está a mi alcance mejorar? ¿Qué me propongo hacer mañana para seguir adelante?

Hay una frase de Jean Paul Sartre que a menudo me hace pensar:

“Uno no es lo que han hecho de uno, sino lo que uno hace con lo que han hecho de uno”.

Otra reflexión,

¿Cuáles son los valores que impulsan nuestras vidas? ¿En qué orden los ponemos?

Si analizamos un poquito nuestros valores, veremos que son los que definen directamente nuestros objetivos, aún sin que tengamos plena conciencia de esto.

Si ponemos el bienestar económico exclusivamente por encima de los valores familiares, lo más probable es que nuestras familias estén muy contentas por todos los bienes materiales que disfrutan, pero el día que haya escasez, seguramente faltará unión y se sufrirá por la falta de afecto para apuntalar la familia.

Cuantas veces admiramos a algunas personas por el éxito empresario o económico que logran, y es meritorio que así sea, pero ¿qué pasa muchas veces con el trasfondo humano de esas mis-



mas personas? ¿Qué han logrado además de ganar dinero?

¿En qué orden ponemos a nuestra familia, nuestra empresa, nuestro prójimo?

Nuestras empresas, ¿son medios para cumplir con nuestros fines, o fines en si mismas? ¿Nos sirven, o se sirven de nosotros? ¿Cómo balanceamos nuestra de-

dicación de tiempo entre empresa y familia?

¿Y nuestro prójimo? ¿Son personas con las que podemos trabajar o interactuar para hacer cosas buenas, o simplemente “grano que estamos dispuestos a moler sin misericordia para amasar nuestro propio pan”?

Si mi familia me importa



realmente, ¿qué cosas hago para, además de cubrir sus necesidades, cultivar el afecto familiar?

¿Buscamos momentos en común con nuestra familia?, momentos para jugar, charlar, para generar recuerdos que atesorar en el futuro, “construir memoria familiar”...

Y nuestras empresas familiares, ¿cómo funcionan? ¿Cómo palancas para este y otros negocios que apuntalen el bienestar y la realización personal de los miembros de la familia, o como prisiones de las que queremos escaparnos porque no son más que proyectos unipersonales en los que nuestros familiares actúan solamente como mano de obra barata?

Y si queremos educar a nuestros sucesores para que sean buenos empresarios familiares, ¿cómo hacemos?

Por un lado, ¿qué es educar?

Educar es enseñar a pensar con criterio y sentido común para resolver expeditivamente las dificultades que la vida nos pone por delante.

Educar es desarrollar la libertad bien entendida, aquella que se apoya en la responsabilidad de

respetar las libertades ajenas y hacernos responsables por nuestros actos y sus consecuencias.

Educar es enseñar a diferenciar claramente lo bueno de lo malo.

Es inculcar valores superiores en nuestros hijos. Es enseñar a valorar y practicar la honestidad, la solidaridad, la independencia, la caridad, el amor de verdad, la autodisciplina, la tenacidad, el esfuerzo, la fe, la amistad y tantas cosas más que nos enaltecen como verdaderos seres humanos.

Es ayudar a ponerse metas y a concretarlas con voluntad y trabajo.

Es también enseñar a no ser ingenuos ante un mundo que nos agrade permanentemente y del cual debemos defendernos sin perder por ello el idealismo y la confianza en el prójimo.

Educar es respetar la libertad de nuestros hijos de no siempre pensar como nosotros, sin por ello influir cambiando su vocación (y esto cuesta).

Educar es enseñar a aprender, o sea, a atesorar toda la experiencia posible a partir de las cosas buenas o malas que nos ocurren en la vida.

¿Cómo se puede aprender?

Un poeta uruguayo, Gualberto Márquez, expresó en su poema “Aprender” lo siguiente:

“Aprender es contribuir a aumentar lo ya sabido, es saberse más instruido para expresar el sentir; aprender es relucir cuando se aprende bastante, cuando el estudio es constante da luz a la inteligencia. ¡Hasta la misma experiencia enseña al más ignorante!

Aprender más, es luchar derrotando la ignorancia; dice claro la constancia: seguir es adelantar; saber enseña a enseñar al que aprender no ha sabido y a todo el que ha carecido de mayor sabiduría, porque aprender es la guía del que ignorante ha vivido.

Se aprende por experiencia, se aprende por instrucción, nos enseña la razón y se aprende de la ciencia; se aprende de la inclemencia que a veces nos zarandea, lo mucho que nos rodea también nos puede enseñar. ¡Aprender es reforzar ... es tonificar la idea!

Aprender es más saber, nadie sabe suficiente; hay que coronar la mente con ciencia de hoy y de ayer; yo, de mayor aprender llenaría el entendimiento; por ejemplo: este momento quisiera tener sabido, las leguas que ha recorrido pensando mi pensamiento.”

Cuando leo esto no puedo dejar de maravillarme por la sim-
_____ (pasa a pág.8)



(viene de pág.6)

pleza con que este hombre explicó todas las formas posibles que hay de “aprender”, y sin embargo hay personas y pueblos enteros que no aprenden nunca y están condenadas o equivocarse continuamente y sufrir las consecuencias de su propia ignorancia.

Por otro lado, ¿qué será necesario aprender para manejar una empresa familiar?

Ya hablamos de los valores a inculcar, enunciemos algunas de las habilidades y conocimientos necesarios para administrar y organizar una empresa familiar en el siglo XXI más allá de los conocimientos en técnicas de producción:

- Visión estratégica, para poder anticipar con tiempo las amenazas y oportunidades que un contexto cambiante nos presenta cada día.
- Resolución de problemas y toma de decisiones, porque la vida y las empresas mismas nos plantearán continuamente dificultades y barreras que deberemos superar si queremos progresar.
- Organización del trabajo propio y de nuestros empleados y cómo usar eficazmente el tiempo, porque las mejores

ideas fracasan si no se sabe organizar el uso de los recursos disponibles.

- Organización de empresas familiares, porque a diferencia de las empresas comerciales, se debe conjugar el raciocinio con los afectos, y la distribución del tiempo y los recursos económicos entre la familia y la empresa de un modo que no perjudique a ninguna de las dos.
- Comunicación y resolución de conflictos, porque no podemos darnos el lujo de que una pelea signifique la disolución y el debilitamiento de la empresa o la familia porque no nos pusimos de acuerdo en algo con nuestros hermanos o socios.
- Producción de información para la toma de decisiones, porque en un mundo abundante en datos, estamos cada vez más anémicos de buena información.
- Presupuestación financiera, porque debemos anticipar la falta o los excedentes de dinero para prever la mejor forma de hacer frente o aprovechar estas situaciones.
- Principios de Control de gestión para el Análisis de Resultados en la empresa rural, porque no se puede manejar lo que no se conoce, y nues-

tras empresas tienen como fin ganar dinero que nos permita subsistir y no solamente trabajar mucho o producir a cualquier costo.

- Criterios para el manejo del endeudamiento y del crédito, porque no hay nada más patético que fundirse por trabajar con dinero ajeno.

A modo de conclusión

Muy a menudo me encuentro en el campo con gente que ve con tristeza como sus hijos se van a vivir a las ciudades o a otros países.

“Aquí no hay oportunidades” me dicen con decepción y resignación, y no puedo aceptar esa resignación.

Porque creo que las oportunidades las generamos nosotros mismos.

Capacitándonos cada día más en lugar de pensar que “ya sabemos todo” (de hecho cada día sabemos menos).

Rompiendo la inercia de trabajar como burros atados a una noria, que repiten todos los días la misma tarea.

Invirtiendo nuestros recursos con inteligencia en lugar de esperar que nos regalen la capacitación que necesitamos.

Organizándonos para conseguir juntos lo que no podemos hacer solos.

Tomando la iniciativa en lugar de esperar que las cosas nos lleguen hechas o que otros se hagan cargo de nuestros problemas.

Involucrándonos en las instituciones de nuestras comunidades.

Asegurándonos cada día de ir construyendo ese futuro que tanto nos preocupa, por el bien de nuestras familias, nuestras empresas y nuestra sociedad.